

La joven contestó con una de aquellas sonrisas que, en sus labios, tenían á la vez tanto encanto y tanta crueldad. Luego, pausadamente:

—¿A quién? ¡Pregúntaselo al porvenir!— añadió.

Solignac se puso horriblemente pálido, y hubiera deseado seguir la entrevista para saber qué siniestra idea ocultaba la italiana tras aquellas reticencias algo sibilíticas; pero la puerta del cuarto se abrió de repente, apareciendo Castoret, también muy pálido.

Miró bruscamente á la señorita de Olona, que, sin decir una palabra, saludó al coronel y se retiró.

—¿Qué sucede?—preguntó Solignac.

—Nada—repuso Castoret;— pero estaba allí escuchando. Creí que las explicaciones duraban demasiado, y entré...

—Y bien, ¿qué opinas de esa mujer? ¡Ya ves que sufre!

—¡Y hace sufrir!... Sentáos y descansad; apenas podeis teneros de pie. Olvidad á esa mujer. ¡Ah, suerte maldita! ¿Quereis saber mi opinion, coronel? Pues que Catissu me arranque los ojos si quiere; pero por los leones de Saint-Michel que la justicia no está bien arreglada. ¡Deberia haber consejos de guerra constituidos especialmente para fusilar á las mujeres! ¡Este es mi humilde modo de pensar, y todas las opiniones son libres!

III

El nuevo amigo del señor de Navailles.

Agostino Ciampi no se ocupaba de la desesperacion de Andreina, ni de los sufrimientos de Solignac. No pensaba sino en su union con Luisa de Farges, union imposible en principio; pero el marqués tenía en su ingenio recursos suficientes para probar que si la palabra *imposible* no es francesa, tampoco es italiana.

Su primer cuidado fué informarse de la vida íntima de los habitantes del hotel de Farges. Sin darse á conocer y con el pretexto de enterarse del estado del coronel Solignac, en nombre de algunos oficiales, se informó por los criados del hotel del modo de ser de la condesa y del anciano marqués.

Agostino no ignoraba que el marcado favor con que la condesa habia acogido á Solignac podia tomar otro nombre que el de compasion únicamente, y creia, con razon, que una táctica hábil requería no declararse desde luego. Precipitar aquel paso, era fracasar de seguro.

—Bueno— se dijo Ciampi, —¡sitiaremos la plaza!

Lo que llamaba «sitiar la plaza» era llegar hasta Luisa de Farges, principiando por seducir completamente al anciano marqués de Navailles.

Agostino se enteró del carácter extravagante del septuagenario—el marqués iba á cumplir los setenta años—y de la terquedad que encerraba aquella cabeza todavía empolvada segun la antigua moda. No ignoraba que el orgullo nobiliario, la decidida afición al pasado, su profunda adhesión, aunque algo platónica, á los príncipes legítimos, eran los pecadillos ó virtudes del abuelo.

—A los hombres se les seduce por sus vicios y sus defectos,—se dijo.

Y, desde entonces, se puso á combinar un plan de campaña, cuyo objetivo era captarse por completo la voluntad del anciano marqués.

La enfermedad misma de Solignac, que habia reunido al coronel y Luisa, y que al principio pareció á Ciampi un peligro y un obstáculo invencible, favoreció, por el contrario, sus proyectos.

Evidentemente no podia entrar en intimidad con la condesa, mientras el hotel Fargés estuviere cerrado para los visitantes y convertido en hospital, á cargo de una de las Gracias, como decian los murmuradores, que hacian correr por los salones una novela curiosa y algo picante, en que la condesita y Solignac representaban su papel. Pero precisamente por estar cerrado el hotel de Fargés, le era más fácil á Agostino colocar sus baterías.

El marqués Felipe Hector de Navailles tenia la costumbre de salir todos los días, acompañado del señor Lanjallais, á dar un paseo higiénico que le habia prescrito el doctor Ivan,—un médico al que toleraba, aunque formaba parte del séquito del emperador, y á quien atendia porque era un sábio.

—No digo que valga lo que el señor Tronchin —repetia á menudo el marqués,—pero el doctor Ivan tiene algo de bueno, y en los tiempos que corremos se toma lo que se encuentra.

Desde que el coronel de Solignac fué recogido en el hotel de Fargés, el marqués de Navailles ponía cierta afectación en hacer más largos sus paseos. A veces, en su landó, que él llamaba su *carroza*, llegaba hasta el Jardín de Plantas, que él llamaba el *Jardín del Rey*, ó hasta Passy, por el Bosque de Bolonia, en donde contaba al señor Lanjallais que habia visto á la señorita de Remaus, cubierta de encajes, amamantar públicamente al hijo que habia tenido con su majestad Luis XV.

—Aquello era encantador, Lanjallais. En aquellos tiempos valia la pena de vivir. ¡La Remaus! me parece estarla viendo todavía: era una morena de alta estatura, pero hecha á torno. De buena gana la hubiera hecho el amor; pero si el rey tiene el derecho de robarnos nuestra caza, nosotros no tenemos el derecho de robarle la suya. ¡Ah, era muy agradable tener un soberano como el *Bien-Amado!*

El anciano marqués llevaba hasta la idolatría el amor que profesaba á sus señores. Sin

embargo, como amaba igualmente á la Francia, y sobre todo á Paris, habia hecho todo lo posible, algunos años antes, para obtener que le borrarán de la lista de los emigrados. Era de los que llevaban su afecto hasta la terquedad, pero no hasta el martirio.

Con esto contaba Ciampi para atraerlo.

Hacerse presentar al señor de Navailles fué cosa fácil. El marqués de Olona era de buena nobleza, y, antiguamente, la corte de Versalles apreciaba á la de Nápoles.

Desde el día en que Agostino fué acogido por el anciano marqués con una benevolencia que Ciampi no atribuía ni á su nombre ni á su propio mérito, sino al respeto que tenia el señor de Navailles por todo blason auténtico, estudió el medio de hallarse á menudo con el abuelo de Luisa de Farges y de captarse su confianza.

El señor Lanjallais, por orden del marqués de Navailles, habia consultado sus notas heráldicas, hallando constantemente en la historia de Nápoles á los Olonas en primera fila entre los más nobles.

—No me sorprende, Lanjallais—decía el marqués.—No hay más que ver á ese joven para conocer que tiene sangre azul en las venas. ¡Ah! cuando se comparan los nuestros á esos soldados de Bonaparte y á esa nobleza de cañon que se irá como ha venido, convertida en humo, puede uno estar orgulloso en decir que es de otra masa que esos advenedizos.

Pero el señor de Navailles se sorprendió y

disgustó al saber que el marqués de Olona figuraba en las filas del ejército imperial.

El mismo Ciampi fué quien se lo dijo: pero esta especie de franqueza era precisamente el principio de la campaña combinada.

Agostino rompía el fuego.

—En verdad, marqués,—dijo el señor de Navailles—¿sabeis que eso me sorprende? Os consideraba como un fiel servidor á su magestad María Carolina, y me encuentro con que sois simplemente uno de esos soldados como el que alojó, bien á pesar mio, en el hotel de Farges. ¡Vive Dios! que la revelacion ha sido inesperada.

Agostino y el marqués se paseaban en aquel momento bajo los grandes árboles del bosque, en Passy.

—¿Me prometeis, señor marqués—dijo Agostino—no revelar á nadie el secreto que os voy á confiar?

Habia tomado de repente un aire grave y profundamente estudiado.

—¿Un secreto?

—La explicacion de mi papel político en Francia y de mi presencia en el ejército.

—¿Qué?—dijo el señor de Navailles—¿Existe algun secreto en eso?

—Y muy importante, señor marqués.

El señor de Navailles miró á su alrededor: la alameda del Bosque estaba desierta y Lanjallais los seguía á algunos metros de distancia.

—Creed, marqués, que tendré una verdadera satisfaccion, si me probais que no servís al usurpador por conviccion.

—Es simplemente por adhesión á la causa de los príncipes legítimos.

El anciano marqués miró á Agostino con aire estupefacto.

—¿De los príncipes legítimos?—baluceó.

—Aunque napolitano—dijo Ciampi,—amo á la Francia y deseo verla grande y dichosa. Además la archiduquesa de Austria, hoy reina de Nápoles, es hermana de la que fué vuestra soberana. Para probarle mi adhesión es por lo que he recibido la consigna de los príncipes, y, con la autorización de Su Majestad Luis XVIII, he vestido el uniforme que el emperador da á sus soldados.

—Soldados á quien señala con su inicial N., como si vistiesen su librea.

El señor de Navailles contestaba maquinalmente sin darse cuenta de lo que decía, habiendo llegado al colmo de la sorpresa. Examinaba á Agostino de los pies á la cabeza, pues de repente se había vuelto desconfiado, y no pudiendo creer que Ciampi fuese, como aseguraba, un agente autorizado de los príncipes, movía la cabeza con aire de duda. Pero el marqués de Olona sacó de su levita una cartera llena de papeles, que desdobló para enseñárselos al anciano.

—¿Conoceis esta firma?—dijo con tono breve. El señor de Navailles palideció.

Al final de una carta íntima, de pequeño tamaño, como todas las cartas de los enamorados y de los proscriptos, el anciano marqués vió un nombre, *Luis*, y experimentó una de las emo-

ciones más vivas que había sentido desde hacía mucho tiempo, al ver la firma innegable, auténtica, de aquel á quien él llamaba *el Rey*.

—¡Cáspita! Si no conservase á mi edad mis pupilas de los veinte años, pediría unas gafas por miedo de sufrir una alucinación.... *Luis*.... ¡Sin duda que ahí dice *Luis*!... Es S. M. quien ha escrito eso... ¿Y es á vos?...

—A mi...

El abuelo de Luisa de Fargés miró á Agostino casi respetuosamente.

—En verdad, marqués, que sois un hombre feliz.

Y leía y volvía á leer la carta en que el rey aseguraba al marqués de Olona su afecto, y le rogaba, sin especificar nada, que continuara su laudable misión.

—Monseñor el conde de Artois se digna demostrarme aun más afecto—dijo Ciampi enseñando otras cartas con una especie de misterio y veneración.

El señor de Navailles no se reponía de su sorpresa.

—¿Pero sabéis que si descubren que teneis esta correspondencia os llevarán...?

—Ante un consejo de guerra; lo sé. Pero estas reliquias las tengo siempre cuidadosamente guardadas. Si las he traído hoy, ha sido porque deseaba confiarme al señor marqués, que tan vivo afecto me ha demostrado, y darle las gracias, haciéndole conocer quién soy yo.

—De modo—repuso el señor de Navailles,—

¿que vuestro grado en el ejército de Bonaparte?...
—Es un medio para trabajar en favor de los reyes legítimos, del soberano que quiere volver á Francia.

Los ojos del señor de Navailles brillaron de alegría.

—Sirvo al usurpador, á pesar mio, y á pesar de mi amor á la monarquía; pero—dijo Agostino,—no tengo otro remedio para conseguir mi objeto.

—¿Entonces, conspirais?

—¡Seguramente!

—¡Conspirar!—dijo el anciano.—Preferiria el ataque atrevido, la batalla audaz; pero, en fin, ¡qué importa! todas las armas son buenas para derribar al monstruo jacobino. Jorge Cadoudal tambien conspiraba. Pero tened cuidado, no vayais á tener el mismo fin que él.

—¡No temais!

—¡Ah! qué buen dia me habeis dado,—dijo el señor Navailles.—Yo me preguntaba al ver pasar á esos soldados. ¿Será posible que su reinado dure mucho? Pero, ¡vive Dios! que por fin ya tengo una esperanza.

—Una realidad. El Corso no volverá nunca á Francia.

—Dejad que estreche vuestra mano,—dijo el anciano marqués dirigiéndose á Ciampi,—¡y que el cielo os oiga!

Reunióse apoyado en su baston al señor Lanjallais, quien, al verle tan radiante, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué contento está hoy el señor marqués!

—¿Que si estoy contento. Lanjallais? Me parezco á ese señor, como lo llamais, que no habia perdido su dia.

—El emperador Tito.

—¡Un emperador! ¡Entonces, *vade retro!* ¡Un emperador! No, señor Lanjallais, no quiero parecerme á él, pero la verdad, es que me siento feliz. Lanjallais, como sois hombre discreto y fiel os diré confidencialmente, que podeis empezar á comprar guirnaldas de flores de lis, escudos con el fondo azul, y, para la servidumbre, escarapelas blancas!

Lanjallais miraba á su amo con inquietud, creyéndole loco.

—Sí, Lanjallais, sí, veo que estais como aquel santo... no sé cual... que era un monstruo de incredulidad, (el señor Lanjallais saludó); pero lo cierto es que su majestad estará en Paris más pronto de lo que se espera.

—¿Su majestad?

—¡Silencio! Sed discreto, pero sabed, os lo repito, que bajo la bandera blanca y flordelisada, aun esperan hermosos dias á la Francia.

Agostino Ciampi habia triunfado. En lo sucesivo el aventurero no tendria partidario más ardiente que el marqués Hector de Navailles.

El marqués de Olona habia recurrido á una astucia vulgar, pero la invencion pertenecia á sus medios acostumbrados. El falsificador habia vuelto á ejercer su habilidad verdaderamente superior. Aquellas supuestas cartas del conde de Provenza y del conde de Artois habian

sido copiadas de autógrafos auténticos; el marqués de Olona, padre, había recibido en otro tiempo testimonio por escrito de la benevolencia de los príncipes y aquellas pruebas que parecían irrecusables al señor de Navailles, no costaron gran trabajo á Agostino. Al presentarlas, Ciampi corria riesgos mucho menores que falsificando las letras de cambio de los fladelfos.

Aquella estafa del criado de Moliere no podia tener más que consecuencias agradables.

El anciano marqués demostró, en efecto, desde aquel dia un cariño verdadero al que miraba como el agente directo de Luis XVIII y como al futuro libertador de Francia. Y Agostino, político profundo que no precipitaba las cosas, dejaba aumentar la confianza del señor de Navailles antes de hacer la menor alusion á la condesa de Farges.

Sin embargo, como Enrique de Solignac estaba ya fuera de peligro, se acercaba el momento en que Ciampi debía, naturalmente, intentar la aventura; pero fiel al principio de la Kabbala, que para los partidarios del éxito, en amor como en política, la regla suprema es: *Nec ire, fac venire*. «No ir, dejar venir»; queria que fuese el señor de Navailles quien formase el proyecto de la union entre el marqués de Olona y la condesa de Farges.

Con una discrecion sumamente hábil, habló al anciano de la jóven viuda, y más bien dejó adivinar que reveló el sentimiento que fingia profesarla, insistiendo sobre la profunda dicha

que tenían ciertos hombres al hallar criaturas perfectas, á quienes era preciso no amar, sino adorar.

La maravillosa facultad de improvisar que tienen los meridionales en general, y los napolitanos en particular, le servia para dar colorido ardiente y poético á una conversacion insignificante en apariencia.

En una palabra, lo hizo tan bien, que el anciano marqués llegó, como Agostino había previsto, á pensar en aquel matrimonio tan locamente deseado.

El señor de Navailles estaba además desolado de que su nieta permaneciese viuda, y la hubiese aconsejado, hacia ya largo tiempo, que se casase de nuevo si todos los jóvenes que la rodeaban no hubiesen pertenecido de cerca ó de lejos á la casa misma del César. Pero ya era otra cosa, puesto que se presentaba un marido á su gusto. ¡Un Olona! ¡Un amigo de su majestad! ¡Un defensor de la buena causa!

Agostino no pudo menos de felicitarle de su propio maquiavelismo, cuando el señor de Navailles le insinuó, en una conversacion íntima, que le seria muy agradable ver á un fiel servidor de los reyes legítimos pertenecer á su familia. Pero el deseo del anciano marqués no era suficiente; faltaba el consentimiento de la condesa.

—¡Bah!—dijo el anciano *gentleman*,—yo no he estudiado la legislacion porque es materia fastidiosa y farrago, bueno para escribanos y procuradores.

Pero sé, no obstante, que el padre de familia